

JIM SAGEL
(NORTEAMERICANO)

NO PIERDAS CONTACTO

Volviendo a perder la vergüenza,
el marca el número que pensó haber olvidado
para entregarle los restos de un amor,
un corazón hecho colilla.

Ella lo apaga, como siempre,
pisándolo bien con formas de cortesía.

AHORA QUE HA LLEGADO LA NOCHE

Con mi caña de pescar en la mano
me pregunto si la puesta del sol
me pareciera tan hermosa
si la trucha que no he pescado
fuera mi única cena esta noche.

¿Qué haría si tuviera que contar
con mis propios recursos para vivir—
con lo que pudiera pescar,
cazar, imaginar?
Ahora que ha llegado la noche
entiendo que no tengo más.

DESPRENDIMIENTO DE TIERRAS

Como esa nube
que queda cogida
en los dientes pleistocenos
de la sierra,

tú estás enganchada
en mi encéfalo.

Sólo otra época glacial
me haría olvidarte ahora,
un terremoto
en mis corpúsculos,
un cataclismo personal.

Adelante me espera
un desprendimiento de tierras;
hay barricadas
por todo mi cerebro.
Al bajar la ventana
no me da sorpresa
verte a ti dirigiendo
la circulación.

VUELTA IMPREVISTA

Por delante de la caravana
de automóviles,
una camioneta Chevy
con una carga de leña
sube penosamente la cuesta,
sus llantas rodando
en tiempo pasado.

Al reducir la velocidad
de mi propio coche,
veo que el río
al lado del camino
se alza con el alba.
También entiendo
que si quiero probar
lo mejor de la cocina mexicana
(con mínimos servicios),
tendré que apartarme del camino
en el Lovato Burger Drive-in
a unas quinientas yardas adelante.

Pero no me pario,
aunque la siguiente señal de carretera dice,
El señor está por llegar,
y tres jóvenes están sentadas
sobre el portón
de una camioneta Toyota 4x4,
balanceando las piernas voluptuosas.

Sigo la camioneta con leña
 que va dando tumbos
 más allá de escarpas de granito
 aún candentes
 desde el tiempo del big bang;
 más allá del descanso
 cuya cruz de madera
 y flores desteñidas de plástico
 señalan el lugar donde Juan
 —sólo Juan—
 se despidió de este mundo
 antes de tener los hijos
 que llevarían adelante
 su apellido desconocido;
 más allá de Ducky's Meats
 que vende carne, zacate,
 jalea de escaramujo;
 más allá del anciano
 y su mujer
 que caminan cogidos
 de la mano
 con unas cañas de pescar,
 aún buscando la esquivia trucha
 que se esconde
 debajo de las piedras
 del riachuelo
 como la memoria
 de un amor perdido.

Al doblar una vuelta ciega,
 me doy cuenta
 que la camioneta con leña
 no se mira.
 Por fin parándome,
 la busco por dentro
 y por fuera,
 pero, como mi soledad,
 ya no se halla.

UNA SED IMPOSIBLE

"Le das de beber a las tumbas".

Gabriel García Márquez, *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndida y de su abuela desalmada.*

El sol paralizado en el cielo,
una sola nube escondida detrás de la mesa.
Un calor bérbaro. Bruto.

Papá y yo descargamos la troca colmada de leña.
Después amontonaremos el piñón
junto a la cerca del camposanto.

Cuando era niño, no había cerca en el camposanto
y yo veía luces, bolas de lumbre bailando
por encima de las cruces de madera.
Ahora sólo veo al vecino, regando las flores
que sembró en la sepultura de su padre.

Los dos gallós cantan el gallinero.
Una gallina está comiéndose los huevos
y ya no lo deja de hacer aunque le quememos el pico,
como dice papá. Los vicios siguen siendo potentes.

Todavía vamos por leña aunque la pudiéramos comprar
por menos de lo que nos cuesta ir al monte.
Seguimos echando zacate al caballo viejo
que nunca volveremos a usar ya que las vacas se vendieron.
No dejamos de tener miedo de lo que no entendemos.

Hoy al regresar, pasamos por la Cañada Bonita donde,
según papá, crecía el zacate como una marea verde.
Ahora sólo quedan chamisos y unos cuantos sabinos
en la tierra reseca. Cuando acabemos de vaciar la
troca, voy a pedirle al vecino que me preste la
tripa porque estoy abrasándome de sed.

El sol no tiene compasión. Cuando era niño,
le lanzaba piedras, pero nunca se cayó del cielo.
Hoy al regresar, vi una Guadalupana
que alguien había pintado en un peñasco.
Papá dice que una bruja vive en ese mismo cañón.
El vecino mueve los labios mientras rocía los lirios
en la tumba de su padre. Estará hablando con él.

Cuando era niño, papá y yo nos quedábamos
en el rancho para herrar los becerros.
Durante las noches, él se escondía entre los encinos
y se ponía a hacer ruidos para espantarme.

El sol es implacable. Los dos gallos cantan sin
remedio y la gallina del pico quemado sigue
picoteando los huevos.
Tengo una sed imposible, pero el vecino ya se ha
perdido en los encinos. Tiramos el último leño para
abajo y papá brinca al suelo. Ya se acabó.

AGUACERO

No haciendo caso
de los nubarrones amenazantes
sobre sus cabezas,
estos hombres hablan
del período
de los desechos radiactivos
enterrados bajo sus pies
donde anduvieron
indios trogloditas
hace mil años,
aproximadamente la décima parte
del tiempo
que el material nuclear
necesitará para desintegrarse.

Estos son los hombres
que dividen el mundo
en partes cada vez
más pequeñas:
moléculas, átomos,
electrones, cuarques—
su división no tiene límites.

Pero pronto huirán
de la lluvia cayendo
del cielo aborigen,
las gotas indivisibles
que por fin se llevarán
a estos hombres.